

Euzkadi, ¿a dónde va?

Alderdi, 121-122. zk., 1965-09/10.

Esta es la tercera vez que os preguntamos en *Alderdi*: "Euzkadi, ¿a dónde va?". La primera pregunta fue mía, en el número de octubre-noviembre del año pasado; la segunda la formuló don Manuel de Irujo (una de las cabezas más lúcidas y uno de los hombres que se han entregado con mayor desprendimiento al servicio del nacionalismo vasco) en el número de febrero-marzo de este año.

En la primera pregunta yo aceptaba la responsabilidad de una alternativa que se me propuso en un foro organizado en el Centro Vasco de Caracas para decidirme por *objetivo que fuese inmediato e importante*, y proponiendo una diferencia entre el quehacer político y el quehacer cultural opté claramente por el cultural, y dije por qué.

A don Manuel le parece que no debe ser así, y da sus razones; y, claro, razones muy respetables.

* * *

El origen de ese foro del Centro Vasco de Caracas, y de mi artículo "Euzkadi, ¿a dónde va?", fue un artículo mío aparecido en *Gudari* hace unos tres años, y que titulé: "La apatía política del pueblo vasco".

Se trataba de un análisis que pretendía explicar las razones por las que nuestro pueblo está sumergido en esa apatía política de la que nos quejamos tan a menudo. Este trabajo despertó algunos comentarios favorables en sectores preocupados por nuestra vida política, porque, sin hacer ninguna revelación, tenía acaso la virtud de expresar lo que más o menos estaba en la conciencia de todos nosotros.

Entonces me propusieron que organizase en el Centro Vasco una mesa redonda donde se discutiesen los objetos fundamentales del pueblo vasco en nuestros días. Y acepté ser el moderador de un foro en que estuviesen representados los sectores políticos y de generación que permitiesen obtener la muestra más representativa posible de nuestras preocupaciones. Pero en una reunión preparatoria alguien hizo la observación de que mi papel como moderador iba a inhabilitarme para plantear mis puntos de vista personales y que sería mejor que actuase en el foro como un participante más. Y así fue nombrado moderador Paul de Leizaola, a quien corresponde el acierto del título: "Euzkadi, ¿a dónde va?".

En este foro surgieron, naturalmente, más preguntas que respuestas, y me encontré con tantos, y tan sugestivos, temas en mi papel de apuntes de la reunión, que me hice el propósito de tratarlos en artículos separados, así, el primero fue *política-cultura*; el segundo era *evidencia*; y así la intención de ir presentando en forma periodística, y a la vez con cierto rigor analítico, lo que me pareció eran las cimas de preocupación de lo que se había suscitado en el foro. No quiero entrar en los penosos detalles de por qué

este artículo no apareció en el primer órgano de prensa vasco donde lo envié hace casi tres años y a través de qué vicisitudes apareció, por fin, después de dos años de espera, en *Alderdi*. Eso corresponde explicar a los demás.

Tenía necesidad de dar estos antecedentes para decir sobre todo que este artículo sobre *política-cultura* que comenta don Manuel era parte de un todo más amplio que se truncó; que este primer trabajo se proponía el ejercicio periodístico de proponer una disyuntiva práctica con la única intención de destacar el valor de una de las opciones, y sin el menor ánimo, desde luego, de menospreciar, y menos de desprestigiar, el valor de su alternativa; y, por otra parte, con el propósito importante de combatir la apatía del pueblo vasco, que es, precisamente, (y creo que me asisten razones técnicas de Opinión Pública para sostener mi punto de vista) a través de una renovada actividad que convenimos en llamar cultural.

* * *

Y vamos, por fin, con el artículo de don Manuel de Irujo.

Me alarma un poco comprobar que las objeciones que me hicieron veladamente antes y las que me hace don Manuel de Irujo coinciden en lo fundamental; tengo la humildad suficiente para poner en duda el valor de mis opiniones cuando las opuestas son varias y calificadas, pero creo que en este caso se trata de un problema de prejuicio, casi diría que profesional, en mis oponentes. Veamos.

Hay la objeción fundamental de que hago énfasis excesivo, y hasta peligrosamente sospechoso, en la necesidad de una actividad cultural mayor, porque parece implicar que niego validez a la actividad política.

Y esto no es verdad.

Digo bien claro en este artículo que "una de las preguntas hechas a la mesa pedía definir cuál sería, a juicio de cada uno de nosotros, los integrantes de la mesa, "el objetivo *inmediato y más importante* del movimiento nacional vasco", y que "puesto *ante la disyuntiva de señalar el objetivo a corto plazo que a mí me parecía primordial* (planteé la necesidad de diferenciar la *actividad cultural* de otra que llamaremos la *actividad política*", añadiendo más adelante que "estamos también de acuerdo en que hay que seguir luchando para la conquista de la libertad política".

Yo creo que está claro que quise hacer un énfasis periodístico sobre la necesidad de la actividad cultural organizada, planificada, a la que creo que estamos desatendiendo mucho, sobre todo en la circunstancia de emergencia excepcional que está viviendo la cultura vasca. Y puse, para dejar las cosas claras, el ejemplo del "demócrata español, que no tiene más que un frente de lucha, el dirigido a hacer que España regrese a un régimen de libertad, que es el que convenimos que es el político; pero en cambio el vasco (y el catalán) tiene una doble (dije doble) preocupación, un doble (dije doble) frente de lucha, porque *además de estar vitalmente interesado en el restablecimiento de la libertad política* (y esto lo subrayo yo ahora) le preocupa gravemente que *estos años de erosión y de asesinato cultural* (también lo subrayo ahora) estén acabando con su lengua, con sus instituciones y el sentido nacional de su pueblo, y le angustia ver que se están perdiendo

las características vitales, las que nos permiten respirar y movernos como pueblo, que son los que hacen que nuestras exigencias políticas tengan vigencia".

Ahora bien, esta coincidencia en la alarma de varias sensibilidades políticas vascas debe responder a alguna razón.

Vamos a ver la que da don Manuel de Irujo, que es el primero que ha sido explícito en sus objeciones.

"El enemigo número uno de la nación vasca –dice don Manuel– de su lengua, de su cultura, es el régimen franquista. ¿Por qué no reconocer que es verdad?"

Parece innecesario que yo tenga que repetir aquí, después de veinte años de exilio hablando claro por todos los órganos de prensa, la denuncia del régimen de Franco como culpable de genocidio contra mi pueblo, sobre todo cuando acabo de subrayar una mención de ese artículo mío acerca del asesinato del que somos objeto.

Pero hay algo más:

Cita a José María Areilza diciendo: "que hay otros peligros más graves para la lengua (vasca) y es cierto propósito de convertir el tesoro filológico en instrumento de lucha política".

Y don Manuel descubre una coincidencia que le parece que es peligrosa para mí.

Y yo no veo por qué.

Todos sabemos cómo consideran algunos vascos como Areilza a nuestra lengua; y muchos conocen, por mis muchos escritos sobre el euskera, y en euskera, mi punto de vista. Para Areilza y los suyos, el euskera es un resto cultural que tiene algún valor sólo para la investigación científica y como mera curiosidad de museo, y, además, para lo que a él y al régimen que sirve le venga en gana; y para mí (y otros muchos como yo) el euskera es un instrumento vivo que quiero que siga (y hasta ahora está) vivo en la lengua de mis hijos, para tener voz con que seguir testimoniando la existencia de un pueblo y reclamar su derecho a la vida.

Sospecho un poco de lejos, sin conocer a Areilza, que ni en lo que entendemos por política-cultura, ni por las contraposiciones legítimo-espúreo o verdad-mentira coincidiremos Areilza y yo.

Para mí el euskera es una herramienta de trabajo de mi pueblo que lo quiero desoxidado, engrasado y trabajando, toque los linderos de lo político a lo Areilza o no. Y si hoy, por las razones que expresé, se puede hacer por el euskera más de lo que se hace, aunque sea con Areilza midiéndonos con la censura política en el lomo, pues tenemos que hacerlo, porque no tenemos tiempo ni oportunidad que perder; sobre todo por eso, porque no tenemos otra alternativa. ¿Que al mismo tiempo tenemos que seguir luchando contra el totalitarismo que se burla de nuestros derechos políticos? ¡Claro!

Para explicar de una manera más clara: En mi opinión, esta de la "cultura" es una carrera contra el reloj. No se trata sólo de llegar a la solución política, o de Estado, que yo estoy seguro que llegaremos; sino que se trata de llegar al Estado a tiempo aún de seguir siendo la nación que hemos sido, de seguir siendo nosotros mismos. Por eso que di a este aspecto de nuestra lucha la prioridad cuando se trata de elegir entre todos *un objetivo* que fuese al mismo tiempo *inmediato e importante*.

Don Manuel me dice (y aquí está la otra clave de su posición, y también de la mía) que es algo así como un pecado político considerar este trabajo como "posible en

actividad desarrollada dentro del orden instituido por el genocida régimen español actual, oponiendo a aquel término de opción el antifranquismo".

Ya he dicho que la opción no estuvo entre desarrollar una actividad o la otra, con exclusión de la alternativa, como dice él, sino en distinguirla en *su orden de jerarquía o de importancia hoy*.

Y por otra parte, ¿don Manuel puede considerar antinacional, antivasco o sospechoso de aceptar la legitimidad del franquismo al compatriota que hoy, exponiéndose a riesgos, organiza escuelas euskéricas, organiza teatro vasco y reclama una universidad vasca? Pero, ¿no dice él mismo que "tenemos el deber de aprovechar nuestro patrimonio nacional sin echarnos al surco en espera de que desaparezca el régimen genocida que nos asfixia"?

* * *

Hay otros puntos en el artículo de don Manuel que quiero mencionar, aunque sea brevemente.

El me plantea un problema de prioridad entre Estado y Nación. Y dice: "Nosotros queremos el Estado vasco al servicio de la nación vasca, a fin de que ésta disponga del marco adecuado para vivir y desarrollarse".

Y yo también.

Y añade don Manuel: "en el supuesto de la tesis dicho "cultural", la nación vasca está condenada a trabajar para que el Estado vasco se constituya y viva".

Esto desorbita aún más la razón de mi punto de vista; pero vamos por partes.

Primero, el Estado *debe* estar constituido a la medida del hombre y de la nación. ¿Cómo no vamos a estar conformes? Pero el Estado que deberá algún día ser el instrumento del pueblo vasco será exigido *de acuerdo con la identidad, con la palabra y con la voluntad* que tenga cuando llegue el momento de la decisión *democrática* y el Estado actual y el desarrollo de estas facultades de nuestro pueblo son las que me preocupan hoy.

Segundo, la nación vasca está, desgraciadamente, condenada por ahora a trabajar, y muy duramente, para estar en capacidad de constituirse mañana en la exigencia de un Estado vasco que cumpla esta función; aquí hay una labor cultural que realizar y que hay que hacer desde donde se pueda, corriendo los riesgos que sean necesarios. Si el Estado español (o franquista, como quiere Don Manuel) no respeta la actividad política, lo que convenimos que es "política", y sólo tolera (por circunstancias políticas y diplomáticas que no tiene más remedio que aceptar) algunos aspectos de actividad cultural, este terreno donde se puede trabajar, tenemos que ocuparlo nosotros, sin mojigaterías, *eficientemente*, aunque sin renunciar nunca, claro es, a ocupar el terreno vedado por Areilza que nos es tan caro.

* * *

Acaso otro punto sensible en esta tesis mía de mayor énfasis cultural al movimiento vasco es que, según se desprende de las objeciones que se me hacen, parece implicar un

descuido político, sobre todo en el campo de la colaboración con los demócratas españoles.

Pero a los vascos, los que coincidimos con los demócratas españoles en sus aspiraciones políticas (y no creo que tenga que subrayar esto otra vez), nos importa mucho en esta lucha de nuestra existencia como pueblo su contenido local al margen de los principios generales. Nosotros somos hombres y demócratas, como ellos y coincidimos todos en la lucha por principios que nos son comunes; creo que hemos dado suficientes muestras de nuestra lealtad a estos objetivos. Pero al mismo tiempo, ellos deben reconocer (y muchos de los que yo conozco, y trato, lo reconocen) que nuestra lucha tiene un doble frente muy difícil, y muy peligroso, que ellos no confrontan. Si a ellos les preocupase un riesgo similar de lengua, de cultura, lo verían de la misma manera. Pero este es un problema nuestro que tenemos que resolver nosotros; este es un frente de lucha adicional que tenemos que cubrir nosotros, sin dejar de estar con ellos en lo que nos es común.

Y acaso nuestra sensibilidad, nuestra hipersensibilidad, se resiente porque nos cabe a todos alguna responsabilidad en este abandono en que tenemos los vascos el frente de lo que es sustantivo de la nación y se está perdiendo.

Yo cumplo con exigencias de mi conciencia para decir, y repetir, que no estamos dedicando a la lucha por los elementos que son sustancia de nuestro pueblo el esfuerzo que debiéramos. Esta fue la razón de mi artículo anterior y está es la que alienta el que estoy terminando. No me preocupa que me haga sospechoso de anti-político, porque mi sentido político (que lo he expresado suficientemente durante mi labor periodística y literaria) ha nacido después, y seguramente al calor de mi adhesión a los valores del pueblo en que he nacido y quiero vivir.